

Formas estatales y partidos políticos en Uruguay y Argentina. Un estudio comparativo.*

9

Susana Mallo

I. Relevancia del tema

América Latina enfrenta en la actualidad una de las situaciones económicas, políticas y sociales más graves de su historia. Esta situación está signada por dos hechos centrales: en lo político, la supervivencia de regímenes dictatoriales y autoritarios y las dificultades de los procesos de democratización y, por la agudización de las relaciones de dependencia, la recesión y el endeudamiento externo en lo económico. En esta coyuntura se plantea con más fuerza que nunca la necesidad de consolidar las estructuras democráticas, redefiniendo la naturaleza y las funciones del Estado, los partidos políticos y las organizaciones de la sociedad civil.

Tanto el tema Estado como el de las nuevas organizaciones y movimientos sociales han merecido una atención importante por parte de sociólogos y políticos. En cambio los partidos políticos han recibido una atención académica mucho menor. Pero, en última instancia, el gran tema en el tapete es el de la democracia.

En Europa, Estados Unidos y Canadá, sociedades con largas trayectorias de democracias liberales, los procesos de democratización y participación social pasan por la emergencia de movimientos sociales (ecologistas, feministas, antinucleares, de liberalización sexual, etc.). Estas sociedades que tienen, en general, resuelta la satisfacción de las necesidades básicas y que cuentan con aparatos de estado poderosos y con centros de poder privado de carácter transnacional, vieron surgir en su seno movimientos que desprecupándose de las estructuras de poder formales intentaron la transformación de las condiciones de la vida cotidiana a partir de reivindicaciones en relación a la naturaleza, la sexualidad, la paz y la guerra.

La situación de los países latinoamericanos y, en especial en Uruguay y Argentina, es muy diversa a la de los países centrales. En las naciones platenses no sólo la dependencia de los centros dominantes aparece como una traba para su desarrollo integral sino que existen relaciones estructurales internas que

impiden la explicitación de sus potencialidades de desarrollo a la par que segregan a amplios sectores de la población de los menguados frutos del crecimiento económico. La regresiva distribución del ingreso, los altos índices de desempleo y subempleo, la no satisfacción de las necesidades básicas, la exclusión política y social que se aúnan y refuerzan la exclusión económica, obligan a que la participación de los sectores deprimidos en la conducción de sus destinos tenga, necesariamente, que adoptar la forma de participación política. Sin perjuicio de su actuación en movimientos sociales del tipo de los existentes en las áreas desarrolladas del sistema capitalista, la participación democrática en los partidos políticos aparece, a nuestro entender, como una condición imprescindible para su integración social y para poder compartir los frutos de la riqueza que ayudan a crear.

Y lo que decimos respecto a la importancia de los partidos políticos en el futuro de nuestras sociedades, también, tiene validez respecto al pasado. En buena medida, los partidos políticos fueron responsables de la marcha de nuestras sociedades en el siglo XX, tanto en su fase al crecimiento acelerado hasta mediados de siglo como en las etapas de estancamiento, recesión y crisis de la década de los sesentas y los setentas. Esta responsabilidad la tienen en los logros pero también en los fracasos de los procesos de democratización vividos en Uruguay y Argentina.

II Objeto de la Investigación y su fundamentación

A partir de las herramientas que nos da la sociología política intentaremos realizar un estudio comparado, entre Uruguay y Argentina, de la estructura y el

*Este proyecto intenta actualizar y ampliar el conocimiento existente acerca de los partidos políticos, su función y estructura, y su relación con el Estado y la sociedad civil en el período 1970-1987.

funcionamiento de los partidos políticos en su relación con las formas estatales vigentes entre mediados de la década de los cincuentas y la actualidad.

En consecuencia nos proponemos tres niveles de análisis, a saber, el de la estructura de los partidos políticos, el de su funcionamiento en instancias claves del proceso económico político y social de ambos países y el de la comparación extrayendo lo abstracto común a ambos y señalando las especificidades nacionales.

Por estructuras de los partidos políticos entenderemos a una totalidad compuesta por sus órganos de decisión y ejecución, sus estatutos constitutivos y de funcionamiento, sus plataformas y programas, sus bases adherentes y sus mecanismos de vinculación con el Estado y con la sociedad civil.

En este sentido y remitiéndonos a la caracterización que realizaron tanto Michels como Duverger, analizaremos la génesis de los partidos para observar en primer lugar la creación de grupos parlamentarios y en segundo lugar la aparición de comités electorales, esto tiene una explicación, pues en algunos países los primeros grupos parlamentarios fueron primero grupos locales que representaron los intereses de sectores sobre todo económicos para, a posteriori, transformarse en grupos ideológicos; en efecto ha habido asambleas políticas antes de que hubiera elecciones.

Otro elemento digno de destacar es que la estructura de los partidos se caracteriza por su heterogeneidad, así podemos señalar por lo menos tres tipos sociológicos diferentes: a) por sus elementos de base; b) por su armazón general; c) por los lazos de dependencia con las instituciones dirigentes. Cuando nos referimos a los elementos de base estamos hablando de las células componentes del organismo del partido y se pueden distinguir cuatro grandes tipos de elementos de base a los que se relacionan la mayoría de los partidos existentes: el comité, la sección, la célula y la milicia, en nuestro trabajo ampliaremos estos conceptos sólo enunciados aquí.

Con respecto a su armazón general estamos señalando la existencia de dos tipos de partidos: aquéllos llamados partidos de cuadros y los denominados partidos de masa; es de destacar que en nuestra investigación al analizar el origen de los partidos tradicionales, colorado - blanco, conservador o radical, vamos a observar un primera etapa -fundacional- en que son estructuras partidarias esencialmente de cuadros, es decir un grupo de notables influyentes, en general caudillos locales, cuyo nombre, prestigio o brillo sirvieron de fiador al candidato y cosecharon votos. También podemos destacar que esto se cumple para la génesis de los dos partidos norteamericanos y la mayoría de los partidos moderados y conservadores europeos. Los procesos posteriores de participación masiva permitieron a nuestros partidos el pase a estructuras de masas.

El tercer elemento a destacar son los lazos de dependencia con otras instituciones, léase, sindicatos, clubes, iglesias y por supuesto Estado, quizás el

caso más claro de estas interrelaciones se observa en Argentina, donde la estructura sindical ha tenido una gran influencia en las estructuras políticas tradicionales -primero en el radicalismo y luego de manera muy notable en el peronismo- lo mismo ocurre con la iglesia, que si bien no llegó a fundar partidos social cristianos, su influencia en el electorado y consecuentemente en la vida política ha sido de gran peso, pese al supuesto carácter laico de la sociedad y el Estado.

En el caso uruguayo vamos a ver cómo los sindicatos como así también la iglesia han permanecido al margen de los partidos tradicionales, pero este planteo nos lleva a analizar otra estructura partidaria que serán los partidos socialistas y en este sentido podemos distinguir dos categorías: a) los partidos obreros creados por los sindicatos y los partidos socialistas -propiamente dichos- creados por parlamentarios, e intelectuales siendo los segundos mucho más teóricos que los primeros. Para la elaboración de una teoría de los partidos socialistas y comunistas en nuestros países nos remitiremos a Gramsci, Cerroni y Magri, quienes en su teorización han aportado elementos esenciales, así vamos a analizar el partido revolucionario como un instrumento político cuya validez reside en la eficacia con que es capaz de llevar adelante los objetivos transformadores planteados por la doctrina marxista: concepción estratégica y teoría política son dos momentos de un continuo unido de manera inextricable. En el caso argentino una izquierda lacerada por sucesivas escisiones, el éxito de Uruguay con un izquierda unificada en el Frente Amplio, esta afirmación no significa desconocer los problemas que se suceden en esta agrupación, lo que será también estudiado en nuestra investigación. El funcionamiento de los partidos se analizará a través de sus discursos y su quehacer en etapas relevantes de la vida nacional.

El análisis comparativo implicará la contrastación de los aspectos estructurales claves, y de las coyunturas políticas específicas de las dos últimas décadas. Tal comparación se fundamenta en la convicción de que existen rasgos estructurales societarios comunes sucediendo otro tanto con el sistema de partidos y que ambos países enfrentan, por razones similares, un difícil tránsito hacia la democracia. No se nos escapan, sin embargo, ciertas diferencias de importancia entre ambas realidades, emanadas, a nivel económico, de las diferencias de tamaño y recursos productivos; a nivel político, de una vida democrática mucho más larga e intensa en el siglo para el caso de Uruguay; a nivel social, de una complejidad más grande para el caso argentino y, a nivel ideológico, por la existencia de visiones clasistas más definidas en el caso uruguayo y más confusas, por la supervivencia del populismo, en Argentina.

A continuación y para mejor fundamentación del tema de investigación, quisiéramos reseñar algunas condiciones estructurales de las respectivas sociedades, ciertos rasgos esenciales de sus sistemas políticos y ciertas características,

en los momentos actuales, que delinen la dificultad para la instauración de una democracia participativa.

III.1. El caso uruguayo. Problemas estructurales fundamentales, sistema de partidos y condiciones actuales del tránsito hacia la democracia.

La interacción de las estructuras económica, política e ideológica ha conducido a la constitución de un sistema social en Uruguay con rasgos específicos que lo distinguen del argentino, pese a la común determinante de una forma de producción esencialmente similar, durante el primer siglo de vida independiente. La superación de una estructura dominada por la articulación precaria e inestable entre lo pastoril, comercial y caudillesco se procesa a partir de una integración al mercado mundial al definirse una producción con capacidad de abastecer un rubro de demanda creciente en la metrópolis: la lana, en primera instancia y la carne con posterioridad.

La integración al mercado mundial, la inmigración de amplios sectores de población de origen europeo y la rápida urbanización parecían conducir a un modelo muy similar al de Argentina: sin embargo la peculiar forma de superar la crisis estructural del caudillismo dio origen a la constitución de una estructura política, con su necesario correlato ideológico, que permitió e hizo viable el impulso batllista, con sus amplios contenidos sociales, democráticos y de homogeneización cultural.

La estabilidad de la formación social batllista caracterizó la evolución del Uruguay durante la primera mitad del siglo y su crisis, posiblemente aún no resuelta, al menos en el plano ideológico, ha pautado la evolución de las tres décadas posteriores.

La estructura económica ha presentado rigideces, aparentemente insalvables, para procesar una nueva articulación con el mercado mundial, en especial, luego de las alteraciones de las definiciones de los centros hegemónicos a nivel mundial y subregional. La base ganadera permitió un crecimiento estable con progresiva igualación de los niveles de ingreso, al menos entre los deciles intermedios de la escala, y permitió un financiamiento compatible con el equilibrio externo -del sector público, hasta mediados de la década de los treinta. El agotamiento de la frontera territorial, los elevados costos unitarios respecto al margen de ganancia de las nuevas tecnologías disponibles y el crecimiento, lento pero estable, de la población condujeron al agotamiento del patrón de crecimiento sustentado en la ganadería, actividad que sin embargo no perdió la posición determinante que jugaba en el comercio exterior.

La sustitución de importaciones signó el nuevo período de crecimiento, conformándose una estructura industrial más amplia, con predominio de los bienes de consumo no duradero y de los de consumo duradero más tradiciona-

les. Las dimensiones relativas del mercado nacional respecto a las escalas de producción que imponía la tecnología para minimizar los costos de producción fueron una restricción a la estabilidad del crecimiento industrial. La alternativa de aprovechar el mercado mundial para alcanzar escalas eficientes fue trabada, a su vez, por un sesgo antiexportador (típico de las políticas de sustitución de importaciones de los cincuenta y sesenta) que jugó en un contexto mundial en el que Uruguay aparecía en una posición excéntrica y desarticulada de su mercado natural (los grandes países de la subregión).

La ilusión de la rearticulación con el antiguo centro hegemónico, al igual que en Argentina, fue una traba seria al desarrollo de políticas comerciales con visión de futuro y con viabilidad en un nuevo contexto mundial.

El estancamiento de la industria, conjugado con la crisis de la ganadería, condujo, a mediados de los cincuenta, a una situación de parálisis de la actividad productiva, la que, al menos en términos de la reproducción del sistema y de la formación de capital, no ha tenido en las últimas tres décadas una solución que permita configurar un nuevo patrón de crecimiento.

Desde inicios de la década de los sesenta, el estancamiento productivo va acompañado de un crecimiento, desproporcionado a la realidad nacional, de un sistema financiero, cuya función básica parece ser la materialización de la dependencia financiera y la utilización especulativa del excedente generado en las actividades estancadas. Los relativamente cortos períodos de crecimiento industrial de los últimos veinte años no contradicen el aspecto fundamental de la situación que se define a inicios de los sesenta: articulación al mercado mundial por la vía financiera, especulación como forma básica de valorización del capital y dominio económico persistente de la fracción capitalista más articulada al capital transnacional.

La problemática económica de largo plazo se ha reflejado permanentemente en las diferentes coyunturas de la economía uruguayana. El estancamiento en la formación de capital fijo, la escasa innovación tecnológica y los crecimientos de la producción en base a niveles amplios de capacidad ociosa muestran la continuidad de la crisis del patrón de crecimiento.

La estructura social del país ha sido una resultante consistente con el desempeño económico, aunque ha jugado también un papel autónomo en la medida que existen componentes de "sociedad trasplantada" derivados de la inmigración.

La progresiva acentuación de la heterogeneidad social y de la complejidad de la estructura de clases y fracciones se ha manifestado, fundamentalmente, en el plano funcional, siendo que tal tendencia no aparece necesariamente como la principal característica de la situación económica de las unidades sociales en la primera mitad del siglo. El papel del Estado, en tanto redistribuidor de parte de la renta de la tierra y de inversor con características keynesianas, permitió consolidar una tendencia a la hegemonía numérica de las llamadas "capas medias", las

que parecieron abarcar la totalidad de la sociedad en los años finales del batllismo.

El estancamiento económico no condujo inmediatamente a una ruptura de la tendencia a la homogenización de ingresos (o al menos gastos de consumo) sino a una acentuación de la ideología "igualitaria" cuando menos en las mayoritarias sociedades urbanas. Sólo la conjunción de las décadas de crisis económicas y la implantación de la ideología liberal-autoritaria de la dictadura consiguieron romper no sólo la tendencia a la igualdad aparente sino poner en tela de juicio su deseabilidad. En estos planos es que se sobrepone la estructura social y la ideológica.

La ruptura de la primera fue percibida con lentitud por la sociedad; al punto que la negación del cambio no fue sólo un mecanismo de defensa del statu quo por los perjudicados en el proceso económico sino una manera de sostener el respeto y la integración social por los beneficiados. Tal fue la realidad de los sesenta y de inicio de los setenta. La década autoritaria programáticamente buscó la transparencia, al menos en lo que se refiere a la lucha competitiva y la sobrevivencia del más apto o más fuerte.

Su fracaso en este plano ha sido fruto de la profundidad de la ideología igualitarista. La respetabilidad y la riqueza parecen seguir siendo fuerzas incompatibles, al menos para la amplia mayoría del pueblo.

La limitada percepción de la ruptura de la integración social y la confianza en la posibilidad de una restauración batllista, no muerta a nivel ideológico, parece haber signado el destino de los partidos políticos. Ello actuó sobre la rápida legitimización de los derrotados en 1904 (dos décadas), la instauración de un bipartidismo que no soporta embates de entidad hasta inicios de los setenta y la restauración política en términos esencialmente similares a los planteados en la estructura política previa al autoritarismo.

Existen varias hipótesis alternativas sobre la sobrevivencia de estructuras políticas que trascienden la estructura económica y la realidad social que en términos estrictos les dio origen. El desajuste básico entre la estructura social (en especial, su evolución) y la estructura ideológica debe ser un foco privilegiado de atención. El clientelismo, la amplitud "pluralista" y cierta vocación democrática explican sólo parte de la sobrevivencia de un bipartidismo básico. El estancamiento, pero sobre todo su lectura desde la sociedad, parece ser la explicación de fondo. Los vencedores de 1904 impusieron una lectura que incorporó a los derrotados, negó el cambio y el deterioro de la integración y de la articulación social.

El sistema político uruguayo muestra, a partir de la década del 70 y en las elecciones de 1984, síntomas de ruptura del antiguo sistema bipartidista con una presencia menor, pero importante, de las llamadas fuerzas de izquierda integrantes del Frente Amplio.

Los dos partidos tradicionales han evolucionado en el transcurrir histórico del siglo XX hacia posiciones programáticas comunes. Y esta afirmación es válida tanto para sus sectores hegemónicos ("Wilsonismo" en el Partido Nacional y "neobatllismo" en el Partido Colorado) como para sus alas más conservadoras.

No tienen proyectos de país alternativo enfrentados sino que, más bien, las discrepancias o contradicciones se ubican a nivel de temas concretos y coyunturales mediatizados, en sus respectivas captaciones, por el cálculo electoral.

De los dos partidos tradicionales el que demuestra mayor cohesión, unidad de mando, alineamiento de los niveles intermedios y de las bases, es el Partido Colorado. Asimismo es, también el que muestra mayor capacidad de captación de las aspiraciones y expectativas del conjunto de la población. En este sentido, el Partido Colorado parece haber captado el carácter conservador de la mayoría del pueblo uruguayo entendiendo tal adjetivo sin ningún contenido peyorativo sino como la actitud de intentar mantener lo que se tiene o se cree que se tiene. Por su parte, el Partido Colorado muestra una mayor capacidad de recambio de sus cuadros dirigentes y un discurso que se tiñe de "modernidad".

En el extremo izquierdo del espectro político institucional, el Frente Amplio atraviesa por una etapa difícil con trabas para elaborar un proyecto alternativo viable. La oposición más sistemática al gobierno democrático en los dos últimos años no provino precisamente de esta coalición política sino de la central de trabajadores. Incluso más, en ciertas coyunturas claves, fueron los trabajadores organizados los que primero denunciaron los intentos de concertación o acuerdo por entender que los mismos resultaban discursivos y que las medidas de política económica y de política política iban por otro lado.

Este panorama se completa con un actor principal que son las FFAA, que, a diferencia del caso argentino, salieron unidas y fuertes del proceso dictatorial y que se mantienen intocadas y expectantes observando cómo se desenvuelven los acontecimientos políticos.

Cabría, para finalizar, preguntarse cuál es la magnitud de la fractura sufrida por la sociedad, los partidos políticos y las familias uruguayas.

Asimismo, sería imprescindible analizar la potencialidad de reintegración social que se abre a partir de mayo de 1985.

III.2. El caso argentino

El devenir político argentino -la alternancia de largos períodos de dictadura y breves lapsos de democracia formal- se ha dado en el marco de un conjunto de condiciones estructurales de carácter económico, social, ideológico y político en el sentido estricto del término.

Desde el punto de vista económico, la base productiva en Argentina quedó diseñada a imagen de las necesidades del Imperio Británico a fines del siglo

pasado. En este sentido, el país se constituyó en un gran productor agropecuario de carnes, lanas, cueros y cereales que le valieron la denominación de "granero del mundo". A pesar de los grandes cambios que conmovieron al capitalismo desde la segunda década del presente siglo, signados por el desplazamiento de Gran Bretaña y la hegemonía de Estados Unidos, Argentina no pudo nunca redefinir su inserción en el sistema internacional. Lo anterior no significa que no hayan existido cambios internos en su economía. Los más destacados son el incipiente proceso de industrialización de productos de consumo duradero del período irigoyenista, su consolidación durante el primer gobierno peronista y la transnacionalización de la industria que se estimula en el gobierno de Frondizi y continúa con los gobiernos militares de la década del 60 en las ramas productoras de bienes de consumo duradero. Sin embargo, éste es un proceso de industrialización trunca, no sólo por la imposibilidad de exportar estos artículos al resto del mundo, sino también, por el escaso peso relativo del sector productor de bienes de capital.

Es así como, consumidos los excedentes producidos por el comercio exterior durante la segunda guerra mundial, y la guerra de Corea, el fantasma del estancamiento rondó la economía argentina desde mediados de la década del 50. Frenadas las posibilidades de inversión lucrativa a nivel productivo los capitales se dirigieron a la órbita financiera y/o se fugaron hacia el exterior desencadenando un agudo proceso inflacionario y de desequilibrio externo. El predominio de "lo financiero" en el aparato económico se hizo evidente a partir del golpe de estado del general Videla.

Desde el punto de vista social, la sociedad argentina se fue complejizando, de ser en el siglo XIX una sociedad caracterizada por la preeminencia de la oligarquía bonaerense asociada a los grupos terratenientes del interior y por la subordinación de los peones rurales, de los artesanos y de los trabajadores de servicios ubicados principalmente en la capital, pasa a ser una compleja sociedad capitalista moderna aunque manteniendo importantes resabios del pasado. Las grandes fracciones propietarias están integradas por los latifundistas, los detentadores del capital transnacional, los grandes empresarios industriales y los banqueros. Nuestra hipótesis es que dichas fracciones están fundamentalmente integradas bajo la forma del capital financiero.

Opuesta por su ubicación y función a la clase capitalista se encuentra la clase obrera; la misma se ha caracterizado por una práctica reivindicativa en términos de condiciones de trabajo especialmente del salario aunque nunca ha cuestionado las bases del sistema capitalista como un todo.

Los trabajadores rurales constituyen un sector reducido y minoritario en una sociedad que desde hace muchísimas décadas presenta la primacía de las zonas urbanas.

La mayoría de la población está constituida por lo que genéricamente y en

forma poco precisa podemos denominar la clase media integrada por empleados, artesanos, pequeños comerciantes y trabajadores públicos.

Estas capas que en la década de los 20 tenían un ingreso muy similar al de sus correlativas británicas y que se expandieron a una alta tasa de crecimiento durante el primer período peronista, creyeron haber alcanzado los beneficios de la sociedad de consumo a mediados de los cincuenta autoconvenciéndose del carácter europeo, vale decir, no latinoamericano de la sociedad argentina. La década de los sesentas -con la excepción del período de Illia- y de los setentas las hacen dudar de lo que podíamos llamar "el sueño argentino".

Si éste es el panorama social desde la perspectiva de las clases, no resulta menos importante hacer referencia a algunas expresiones organizadas de la sociedad civil. En primer término, tenemos a la Iglesia la cual, a nivel institucional, ha significado una constante rémora apoyando, desde sus altas jerarquías, las tendencias sociales, políticas y económicas más retrógradas. Baste con señalar el papel que le cupo en la desestabilización del primer gobierno peronista, su actitud en la llamada "revolución libertadora" de 1955 y su participación cómplice en los últimos gobiernos militares. En segundo término, merece un lugar destacadísimo la Confederación General de Trabajadores la cual estuvo controlada desde su creación por una burocracia sindical de impronta peronista que sufrió a lo largo de su existencia un proceso de derechización pautado por métodos autoritarios de imposición sobre sus bases y por acuerdos con varios gobiernos militares en turno aunque manteniendo una posición de relativa independencia. La coexistencia de acuerdos con la cúpula militar y la relativa independencia puede resultar difícil de comprender in abstractum. Sin embargo, en términos concretos, los burócratas de la CGT., aunque muchas veces pactaron con los militares golpistas, nunca perdieron de vista los intereses del movimiento peronista -al menos como ellos los interpretaban- ni tampoco los intereses más inmediatos de las clases trabajadoras.

En tercer término y dentro de las organizaciones de la clase propietaria, destacan la Sociedad Rural Argentina, la Confederación General de Empresarios y la Sociedad de Bancos. La primera y la última fueron, permanentemente, adalides de los planteamientos más conservadores tanto en términos económicos como políticos y sociales. La CGE tiene una trayectoria menos clara y más ambivalente aunque, en los momentos de ruptura institucional, terminó siempre unida a sus hermanas de clase respaldando "la lucha contra la subversión y el restablecimiento del orden". En los últimos años, surgieron un conjunto de organizaciones defensoras de los derechos humanos entre las cuales sobresalen el movimiento de las Madres de Plaza de Mayo. Esta organización constituyó la expresión más pura, militante y combativa contra el gobierno militar y arrastró, en ese período, muchas organizaciones sindicales y estudiantiles tras sus banderas. Sin embargo, la ascensión del gobierno democrático implicó un

profundo cambio respecto de las condiciones anteriores, colocando a las Madres y a su movimiento en la alternativa de redefinir sus postulados y su accionar o permanecer en una actitud de denuncia y de reclamo por sus muertos y desaparecidos que las irían marginando del proceso social. Parecería que la postura que definieron fue la implicada en esta última opción. En virtud de su justificada intransigencia ante el gobierno, fueron perdiendo apoyo popular lo cual permitió a Alfonsín hacer algunas declaraciones acusándolas de "desestabilizadoras" e insinuando que el movimiento podía adquirir características antinacionales.

Desde el punto de vista ideológico, los rasgos fundamentales que habrían de resaltar en la sociedad argentina serían el escaso peso de los valores democráticos y su correlato, o sea, el peso del autoritarismo, el orgullo nacional -que muchas veces es un disfraz del chauvinismo-, un alto componente individualista que se expresa en frases como "el sálvese quien pueda", un europeísmo muy a la francesa y un relativo carácter violento de la sociedad.

El escaso peso de los valores democráticos está determinado, en parte, por los limitados periodos de democracia formal por los cuales atravesó el país y, en parte por la propia ideología de los grupos, sectores y/o instituciones dominantes de la sociedad. Además está decir que la oligarquía por su ubicación y sus convicciones y el ejército -por su estructura y sus reglas de funcionamiento- son, en esencia, autoritarios. Pero también lo fueron los dos partidos mayoritarios que se estructuraban alrededor de un líder -llámese Yrigoyen o Perón- que operaron en base al carisma y/o a la política de clientela con lo que ésta implica de subordinación de las masas. Asimismo, el autoritarismo penetró en las organizaciones sindicales ya sea en sus propios reglamentos al eliminar la representación de las minorías en sus cuerpos directivos, ya sea en su propia práctica. El autoritarismo como ideología dominante inculcó en los argentinos la imagen de "Argentina potencia" y condujo a respaldar la decisión de Galtieri durante la guerra de Las Malvinas.

La creencia de los argentinos de su casi pertenencia a Europa por tradición y educación provocó también agudas contradicciones en el seno de una sociedad cegada por los prejuicios. Fueron necesarias la crisis económica y la derrota militar para que los argentinos comenzaran a entender su real pertenencia a América Latina. En cuanto a la violencia que se ha manifestado en el país sobre todo a partir de los años setenta, tiene antecedentes históricos y dos vertientes: una de derecha y otra de izquierda. La vertiente de derecha posee tres fuentes, a saber, la oligárquica, la militar y la parapoliciaco-militar de orientación nazi-fascista. La oligarquía que desde las estructuras del poder económico-político ejerció una represión constante sobre los sectores de la población que no sintieron su proyecto como propio, desde sus latifundios estableció relaciones casi feudales con el peón, al amparo de leyes que justificaron estas relaciones.

Los terratenientes, al ejercer su poder sobre el conjunto de la sociedad, concibieron a ésta como una gran estancia y a las capas populares como la peonada que les pertenecía. La violencia del ejército es de larga data. La campaña de la "conquista del desierto" donde arrasaron con las poblaciones indígenas constituye un hito histórico destacable por su carácter genocida. Cada golpe de estado y la represión consecuente implicaron otras manifestaciones de la misma violencia; las armas que negaron, permanentemente el resultado de las urnas, la cárcel y la tortura para los opositores y el genocidio de parte de la población civil en la última década. Por su parte los grupos parapoliciales y paramilitares organizadores en el último período de la Triple A tienen antecedentes en organizaciones como Tacuara, Alianza Nacionalista y algunos Comandos Peronistas, todos de orientación nacional-socialista.

La violencia de "los de abajo" -que fue siempre una violencia de respuesta- encuentra raíces en los movimientos anarquistas de principio de siglo y su puesta al día a partir de la teoría y de la práctica del "foco" como consecuencia del impacto de la Revolución Cubana y de su práctica revolucionaria.

Desde el punto de vista político el sistema argentino se caracteriza por la presencia de dos partidos políticos mayoritarios: el peronista y el radical y el escaso arraigo de las tendencias conservadoras e izquierdistas. Los dos partidos mayoritarios que podían caracterizarse como centristas tienen, en su interior toda la gama de posiciones que van desde la izquierda a la derecha. Un ejemplo notable en este sentido lo constituye el peronismo el cual en su cúpula presenta una pugna entre el "movimiento renovador" (centro) y los dirigentes "neofranquistas". No obstante ello, buena parte de los cuadros medios de sus militantes y de sus bases posee una ideología progresista que no ha podido reflejarse en las instancias superiores del partido por falta de organización interna, de acuerdos mínimos sobre un proyecto alternativo y por el control aparatista que posee la cúpula. En términos dinámicos, se puede señalar que el peronismo ha sufrido un proceso de derechización ya que evolucionó desde posiciones de justicia, transformación y cambio en la década del 40, a la defensa del statu quo a partir de 1974. Por su parte el radicalismo tuvo, en los últimos años un proceso inverso, desde las posiciones de Balbín que lo emparentaban con el Partido Conservador, hasta las declaraciones y posiciones centro-izquierdistas de Alfonsín.

La figura de este último ha sido determinante en los cambios que se han operado en el partido gobernante en estos últimos diez años. Una consistente posición democrática y constitucionalista, más un discurso moderno, y su consolidación como líder -a partir de una figura paterna tan necesaria para los argentinos- determinaron no sólo el triunfo de su partido, sino también el agrandamiento de su figura a nivel latinoamericano.

La lucha electoral que se presenta ya en 1987 para la renovación de parte del parlamento y la elección de gobernadores tiene dos contrincantes tradicio-

nales, el radicalismo y el peronismo. Mientras que el primero se ha consolidado y muestra en primera instancia un gran alineamiento tras su líder, el peronismo continúa debatiéndose en pujas internas y mostrando hondas fisuras -políticas, ideológicas y personales-. En este breve panorama queremos destacar también la imposibilidad que ha tenido la izquierda de consolidar un proyecto alternativo a los partidos tradicionales. Atomizada en disputas y divisiones constantes, no ha logrado construir un proyecto nacional de largo alcance que le permita transformarse en alternativa de poder. No desconocemos, como afirmamos anteriormente, que la presencia del populismo es un elemento desarticulador, que impli-

có la falta de cohesión de un proyecto clasista sentido por el conjunto de la clase obrera.

Planteado este conciso panorama, queremos destacar la importancia del tema para la futura vida democrática de nuestros países. La presencia y apoyo al conjunto de las fuerzas políticas parece la única posibilidad viable, de soñar las ambiciones políticas del "partido militar" -usamos aquí la expresión de Alain Rouquie que nos parece la más acertada. En este sentido los últimos acontecimientos de Argentina son demostrativos de la necesidad de cohesión de la sociedad civil y la sociedad política.